

O'HIGGINS

Por

Edgardo HARDESSEN Klug
Capitán de fragata (Ab.), Armada de Chile

Años de formación



CHILLAN, ciudad sumida más que otra alguna en el sopor patriarcal de los siglos de la dominación española, villa de hidalgos provincianos y de campesinos acomodados, dio la luz al hombre que había de establecer los fundamentos de una de las nacionalidades más fuertes y de mayor contenido en el conglomerado latino de América.

En el hogar del capitán don Simón Rodríguez, un día de 1778, año de gracia con mayúscula, vino al mundo don Bernardo O'Higgins, hijo del coronel irlandés don Ambrosio Higgins u O'Higgins, como la historia le conoce, y de doña Isabel Riquelme de la Barrera, dama que en el correr del tiempo se señalaría por el conjunto de todas aquellas cualidades morales que han singularizado a la mujer chilena, dándole características inconfundibles.

No fueron normales, en el sentido legal, las condiciones del nacimiento, porque el padre se veía constreñido a subordinar sus sentimientos al deseo, imperioso en él, de no perturbar su carrera administrativa. El amor había sellado la unión, pero el destino debía aflojar los lazos que el corazón tejiera. Se despedía

el padre de una juventud no vivida, porque la había consagrado íntegramente al trabajo y a la ambición de ser y de surgir, y en ese recodo peligroso en que las fuerzas vitales parecen teñirse en el fuego de las postreras expansiones, el amor se le había presentado bajo las seductoras apariencias de una niña dulce y virginal, que se lo dio todo, en generosa entrega, cuando a él le caía el golpe de los años.

Cuatro años permaneció el niño al lado de su madre, durante los cuales, esencia en la formación humana, lo mejor de las calidades maternas se fundió con aquellas virtudes que le venían en la sangre irlandesa de su progenitor.

Hacia 1782 Bernardo fue llevado, por orden paterna, a casa de don Juan Albano Pereira, íntimo amigo de O'Higgins, que habitaba cerca de Talca, en cuya iglesia parroquial se le pusieron óleos por primera o segunda vez, que el hecho nunca se ha dilucidado.

Y creció en libertad, en medio de las seivas del Maule, cubiertas entonces de árboles criollos que vestían las faldas de los cerros con la nota infinitamente rica y variada de sus verdes. Los boldos copiosos debieron darle abrigo y acaso descendió alguna vez el río al ritmo acom-

pasado de los guanayes, cuyas membrudas espaldas eran como el símbolo de una recia raza ya extinguida. Creció en libertad, que es la mejor escuela para aprender a amar la independencia, y en medio de la naturaleza se preparó, sin sospecharlo, en las artes del hombre de combate. El amor a la tierra respiraba en la fronda, alentaba en el paisaje, se fortalecía en las aguas que a través de la montaña descendían cargadas de troncos, de fuerzas, de savia. ¡Qué escenario aquél para la formación de un hombre verdadero!

Las primeras letras las aprendió en Chillán, según recordaría él mismo, lo que da a entender que pasaría temporadas en el hogar materno. Fue su iniciador en los estudios fray Francisco Javier Ramírez, con quien debieron anudarse lazos afectuosos, pues le llamaba maestro y taitita. Bajo su férula asistió, en el convento de aquel misionero, que dejó una Historia de Chile inédita, a la escuela fundada "para la educación de los caciques araucanos".

Seis años después, cuando el padre ascendía a la gobernación del reino que la valentía de los caciques había hecho famoso, el niño, de diez cumplidos, fue enviado al Perú, con el propósito de educarlo en forma más perfecta. Es posible que fuera parte en ese viaje y en otro más trascendente, el deseo de cerrar las bocas de los murmuradores, acallando con el alejamiento el chismorreo colonial, pero sin dudas a ello debía unirse un objetivo desinteresado, que no en vano la sangre del niño corría en las venas paternas.

En el Colegio de Estudios, en Lima, y posteriormente en el de San Carlos, llamado del Príncipe, debió aprender, durante varios años, todo lo que la pedagogía incipiente de la época permitía a los jóvenes nobles de origen americano. No pudo ser mucho, pero fue base de los conocimientos que posteriormente habrían de colocarlo entre los hombres cultos de su tiempo, culto en las ciencias corrientes de la vida, ya que sólo Natura da lo que Salamanca no presta. Y ella no se le mostró parca en dones.

A orillas del Rímac vio aproximarse la adolescencia. A orillas del Rímac correrían los días postreros. Su destino le ataba al Perú con lazos que la historia

haría ilustres y la gratitud perdurables, porque si bien es cierto que razones diversas han retardado la justicia peruana, no lo es menos que debió a su antigua sociedad y a sus gobernantes el pan del ostracismo.

Los años de Lima, aun en el enclaustramiento del colegio, le fueron útiles en lo moral y en lo físico. Su naturaleza, fortalecida con el aire de las selvas chilenas, se refinó en ese ambiente casi versallesco de la antigua corte virreinal. En las aulas se hizo amigo del futuro marqués de Torre Tagle, que desempeñaría papel en las jornadas de la Independencia, y tuvo como compañero a un cacique de Chilca, llamado Juan Nepomuceno "Manco Inca".

Casi un lustro después, hacia el tiempo en que la Revolución Francesa comenzaba a sacudir a Europa en sus cimientos, el adolescente se embarcaba para España por orden de su padre.

El Mar del Sur, camino del Cabo de Hornos, le abría las puertas del ancho mundo, como un anticipo de aquel 20 de agosto futuro en que le abriría esas otras puertas de la gloria, menos accesibles.

O'Higgins en Europa

La vida del joven O'Higgins en Europa fue una aventura continuada.

Llegó primeramente a Cádiz, a casa de un riquísimo comerciante chileno, de nombre Nicolás de la Cruz, que su padre le destinaba como tutor. Este personaje, cuyas taiegas le permitieron el lujo de comprar al rey Carlos IV el título de Conde del Maule y la satisfacción de publicar algunos libros de erudición indigesta, no fue ciertamente hombre vulgar; había viajado mucho y enriquecido más en bienes materiales, pero el ejercicio del comercio, que le proporcionó halagos desconocidos para sus coterráneos, no le abrió las compuertas de la generosidad, que rara vez es virtud de mercaderes y no tuvo para el pupilo ninguna actitud cordial en los muchos años en que anduvieron en relación.

Parece ser que, a poco de su arribo, de la Cruz le procuró los medios de seguir a Londres, de acuerdo, sin duda, con las instrucciones de don Ambrosio, y pa-

ra allá se embarcó el muchacho, con su corto bagaje repleto de ilusiones. Iba a descubrir la vida, sin sospechar que sólo la descubrimos realmente cuando se abren para nosotros ventanas oscuras.

Llegado a la ciudad de la niebla, fue a dar, por mal paso de don Nicolás, a manos de dos relojeros nada escrupulosos, de la razón social Spencer y Perkins, que después de desatenderlo por largo tiempo, acabaron robándolo. Estos individuos le acomodaron, primeramente, en el vecino pueblo de Richmond, a tres horas de Londres.

A orillas del Támesis, en una aldea tranquila, se deslizaron oscuramente los primeros años de estudio. Poco se sabe en verdad de ellos. Según parece, el joven fue presentado un día ante el rey Jorge III por el director del jardín real de Kew, donde uno y otro acertaron a encontrarse; pero ni fue aquel un honor especial ni tuvo importancia para el muchacho chileno. Este trabajaba con tesón irlandés, porque fue toda su vida dado al estudio y al esfuerzo, y así debió progresar en los conocimientos no muy vastos que el medio le permitía.

Hacia 1798 la vida del joven alcanzaba la edad de veinte años. Habitaba en casa de un Mr. Eels, honorable vecino de Richmond, teniendo por compañeros a varios alegres jóvenes franceses y alemanes, grupo en el que también se mezclaban algunos de Estados Unidos. La existencia debía tener el sello de común alegría que marca el amanecer humano cuando el pan no falta y la opresión no abruma. Días de sol a orillas del Támesis, serenatas a la luz de la luna, versos románticamente imaginados, frases de amor dichas en voz queda, noches de jolgorio y alboroto. Embriaguez de alegría agita el corazón y la cabeza se puebla de sueños.

Una figura de mujer, amable como suelen aparecer en el recuerdo las primeras apariencias del amor, pasó junto al estudiante chileno y su alma vibró. Era Miss Carlota Eels una niña inglesa rubia e ingenua al parecer. Se cambiaron promesas, urdieron los sueños de un porvenir que presto había de apartarlos; imaginaron, como todos, que la vida puede detenerse en la hora de gracia... Muchos años después, cuando las playas del destierro recibían al Libertador de

dos naciones, el general O'Brien, su compañero y amigo, le enviaba desde Dublin un retrato de Miss Eels, la "antigua bien amada".

En el orden físico, lo que pudo descuidarse en Europa se compensó después en largos años de vida de campo y de campamento, que perfeccionaron sus condiciones natas de huaso chileno. O'Higgins, cuya fortaleza natural era de suyo considerable, había nacido a caballo. A caballo había de realizar sus grandes gestas épicas: Rancagua y Chacabuco, la derrota heroica y la más grande victoria de su hañaza. Y así, en ímpetu continuaría, en el bronce y en el mármol, cabalgando para la inmortalidad.

O'Higgins en 1811

"Me encuentro hoy a la cabeza de un regimiento de soldados bravos y adictos que ni me venderán, ni me harán traición, ni me abandonarán, pudiendo morir a su frente, si el destino no me deja mejor alternativa, y a decir verdad no habría una manera más conforme a mis sentimientos para terminar mi carrera terrenal".

O'Higgins".

(Carta a Mackenna, enero 5 de 1811).

El año de 1811 vio la iniciación pública del Libertador en sus grandes tareas, y a los sucesos principales que en su curso se desarrollaron estuvo íntimamente ligado. Había sido 1810 el año de los dirigentes civiles y políticos, de Rozas y de Toro, de Infante y del padre Larraín. El año siguiente sería de las cabezas militares, de Mackenna, O'Higgins y Carrera. A los tímidos esfuerzos de autonomía seguirían las primeras afirmaciones de independencia, prudentes y contenidas al comienzo, enérgicas más tarde, cuando el hijo del antiguo virrey y el gallardo general santiaguino, cada uno desde su ángulo personal, enfocaron la realidad con la necesaria firmeza.

O'Higgins y San Martín en Mendoza

En la vida de don Bernardo O'Higgins hay cuatro ciudades que marcan etapas decisivas: Londres, la iniciación revolucionaria, el contacto de almas con s

maestro el Precursor Miranda; Santiago, centro fundamental de su acción como libertador y gobernante; Mendoza, el contacto realizador con San Martín, el trabajo en común para preparar el ejército que trasponiendo los Andes daría vigor en Chacabuco a la Patria Nueva; Lima, a donde irían las fuerzas chileno-argentinas que él envió en la Escuadra Nacional por su genio formada, metrópoli más tarde de su ostracismo, teatro de su agonía y sepulcro para sus huesos.

O'Higgins Director Supremo del Estado de Chile

Cuando el Ejército de los Andes traspasaba la cordillera, el futuro vencedor de Chacabuco estaba informado del acuerdo que había en el seno del gobierno argentino para que se le designara Director Supremo del Estado de Chile. En realidad dicho acuerdo emanaba de la Loggia Lautaro y había sido, tal vez, previamente sugerido por intermedio mismo de San Martín.

Se ha discutido la legitimidad de esa designación que aparecía como impuesta por autoridades extranjeras, pero un examen algo detenido del asunto lleva a la conclusión de que ella, aparte de su oportunidad, de su necesidad por así decirlo, era no sólo una medida política extraordinariamente acertada, sino que tenía, también, cierto sello de auténtica legalidad revolucionaria, pues provenía de gobernantes que habían patrocinado y financiado la formación de las fuerzas que debían libertar al país en cuya futura administración intervenían con el objeto preciso de asegurar que el mando político cooperase en forma y fondo con el mando militar.

Envolvía esa medida legítimo derecho impuesto por las necesidades de la guerra, a la vez que era fruto de elemental prudencia. Debe, empero, aclararse que no hubo imposición alguna del Director Pueyrredón, y sí amplia libertad a San Martín para entender en el asunto, según se desprende de la correspondencia privada de ambos próceres. Después, cuando una asamblea reunida expresamente en Santiago y compuesta de modo exclusivo por chilenos, resolvió elegir a O'Higgins para la jefatura del nuevo estado, su designación, hecha a doble título y con

todas las formalidades que podían practicarse, resulta de la más completa legitimidad, no ya sólo a título revolucionario, sino a título político y democrático.

O'Higgins crea la Escuadra Nacional

Ser buen administrador de un país no siempre equivale a ser gran gobernante. El verdadero hombre de Estado se caracteriza por la hondura de su visión en el tiempo, por sus dotes de prever el devenir y de encauzar los destinos de su pueblo en relación a posibilidades que él mismo crea o condiciona. Cuando el hombre de Estado amplía su visión al espacio y establece principios fundamentales a que sujeta su política, toca en los lindes de lo genial. En eso residió, por ejemplo, la superioridad de Talleyrand sobre Napoleón. Este, grande en la guerra, no tuvo principios que defendiera en forma continuada, careció de lo que puede llamarse una línea política.

Patriota y chileno hasta la médula, creyó que era necesario forjar un país modelo, no como instrumento de dominación de un pueblo sobre otros, sino como núcleo ejemplar de vinculaciones. En este sentido sobrepuso su condición de americano a la de chileno en el tiempo de la guerra en contra de la Confederación Perú-boliviana, actuando como mediador y pacificador. ¿Qué otro gran capitán de la independencia tuvo conducta parecida? ¿Qué otro hombre de Estado en la historia de Sudamérica, sin exceptuar a Bolívar, mantuvo una línea política de continuidad tan neta y perfecta?

O'Higgins supo mantener los puntos esenciales de su credo político y en eso, tal vez, más que en las hazañas militares y en los trabajos administrativos, reside la base de su grandeza.

Comprendió, y en ello su pensamiento era el mismo de San Martín, su compañero en lo esencial de la hazaña (1815-1822), y de Bolívar, que constituía condición esencialísima de la independencia sudamericana la expulsión de las fuerzas españolas del virreinato del Perú. O sea, que la libertad de cada país no podía estimarse definitiva si no era compartida por los demás pueblos del continente sur. La independencia del Perú era, pues, imprescindible desde el punto de vista político-económico y necesaria dentro del

criterio de idealidad casi mística que informó a la mayoría de los libertadores.

Sin un Perú libre no hay un Chile y una Argentina libres, pensaban O'Higgins y San Martín. Este pensamiento, sostenido por el general Bolívar, sólo pudo cristalizar a través de la acción política de O'Higgins gobernante. Los tres libertadores incidieron en él, y de la penetración de todos, aunque nos parezca discontinua en el tiempo, resultó, con la liberación del antiguo Incario, la independencia de un continente y la afirmación republicana de un mundo.

Ya en el campo de batalla de Chacabuco, antes de iniciarse su gobierno, el canónigo Albano le había oído decir: "Este triunfo y cien más se harán insignificantes si no dominamos la mar".

Estimaba el Director Supremo de Chile que para dar vida a los planes que tenía en común con el vencedor de Maipo, era indispensable hacer de su país una potencia marítima, y para eso había que organizar una Marina de Guerra y dominar con ella, bajo el signo de su propia bandera de libertador, toda la costa del Pacífico Sur. Penetrado de ese pensamiento, que fue el motor de su acción gubernativa desde abril de 1818, lo llevó a la práctica en el brevísimo plazo de dos años. La realización de una hazaña semejante, a la vez que revela condiciones geniales en quien la llevó a cabo, muestra lo que puede hacer un gran pueblo cuando tiene a su cabeza un conductor grande.

Cabe imaginar lo que significa la empresa de crear una escuadra de la nada, de formar marinos en un país sin Marina ni técnicos, de lanzarse a la aventura del mar, dominándolo, desafiando en sus aguas a las naves enemigas, venciénolas, conquistándolas... Tal vez no se ha apreciado esa hazaña en todo su significado a causa de su magnitud misma, porque cuando en los pueblos como en los hombres se crean ciertos complejos se menoscaba el sentido de la valoración. Los argentinos los han superado noblemente dando a su héroe el sitio que dentro de sus anales le corresponde; pero los chilenos no han comprendido todavía la magnitud de su propio héroe. Vicuña Mackenna, en lo esencial, vio a través de los ojos de su propio genio, el genio de O'Higgins. "Apenas había sido colocado

en la suprema magistratura, después de Chacabuco, escribe, cuando todos sus esfuerzos se habían dirigido a asegurar el dominio del Pacífico. Su claro juicio le mostraba que Chile, por su latitud y por su topografía no podía ser invasor ni resistir las invasiones, sino haciéndose un poder marítimo; y por eso mientras San Martín creaba batallones, él no perdonaba esfuerzos para echar las bases de nuestra Marina. Al día siguiente de Chacabuco los fugitivos del desastre dejaron en la bahía sólo un pequeño buque, llamado el "Aguila", que fue el que trajo a los prisioneros de Juan Fernández. Un mes escaso después de Maipo, y cuando apenas había transcurrido un año, ya la escuadrilla de Chile obligaba a levantar el bloqueo de Valparaíso por un heroico golpe de mano, cual fue el abordaje de la "Esmeralda". El milagro de aquella hazaña, que se puede llamar una improvisación, se debió casi únicamente a O'Higgins.

La Marina de Guerra, que a comienzos de 1817 contaba apenas con el "Aguila", barco mercante armado, aumentó a poco con el "Perla", transporte perdido en 1813 que los chilenos recuperaron. En marzo de 1818 llegó a Valparaíso la "Windham", fragata inglesa de 800 toneladas, comprada ad referendum por el agente de Chile en Londres, don Antonio Alvarez Condarco, y más tarde un barco británico de bastante importancia, el "Cumberland", con 1.400 toneladas y 44 cañones, adquirido a la firma Ellice y Compañía en ciento setenta mil pesos, suma que O'Higgins consiguió rebajar a sólo ciento cuarenta mil. Bautizáronse ambas naves con los nombres de "Lautaro" y "San Martín", siendo esta última comandada por el capitán Guillermo Wilkinson, marino inglés que había traído el "Cumberland" y cuyos servicios fueron asegurados para Chile. En agosto se adquirió el bergantín de guerra norteamericano "Columbus", que recibió el título de "Araucano", y cuyo jefe, el comandante Guillermo Wooster ingresó a la plana naval que el Director estaba formando.

Cuarenta días trabajó sin descanso el Director y sus fatigas sin cuenta parecieron predisponerle el ánimo a ponerse él mismo a la cabeza de sus barcos, deseando que hubo de renunciar por sus respon-

sabilidades de gobernante. "Los que estábamos a su lado, escribe Albano en la Memoria sobre O'Higgins, pudimos valorizar sus conflictos. Más de una vez nos reveló su amistad el pensamiento de ponerse a la cabeza de la escuadra. ¿Podría tener lugar, me decía, que el esfuerzo unido al más valiente deseo de liberar a Chile, mi patria, supliese los conocimientos profesionales que pide este cargo? ¿No he salido del arado, añadía, para empuñar la espada y he cubierto de laureles a mi patria? ¿Por qué en la presente empresa no podría esperar sucesos semejantes?"

El 9 de octubre zarparon las naves chilenas bajo el comando de Blanco Encalada y el Director Supremo contempló alborozado las velas desde el Alto del Puerto. Fue en esa mañana, en que el sol iluminaba de lleno en su vida y en su obra, cuando pronunció las palabras admirables dichas a Zenteno con la diestra en alto, sobre el mar: "De esas cuatro tablas pende no sólo la independencia de nuestra patria sino de toda Sud América".

El 29 la fragata "María Isabel" cambiaba en Talcahuano su bandera por la de Chile y su nombre por el de "O'Higgins".

La Abdicación

Los pueblos suelen cansarse de sus gobernantes por más benéfica que haya sido su acción, pero ese cansancio, a menudo fruto pasajero de la fluctuante naturaleza humana, pasa cuando los sustentáculos de un mandatario o de un partido son realmente poderosos. No ocurrió así con O'Higgins. El país sentía la fatiga de una guerra larga que todo lo había dado al ideal, que era la patria. Estaban exhaustos los bolsillos y el vulgo no comprendía por qué razón superior continuaba haciéndose sacrificios para llevar la libertad a otros pueblos; la idea de una patria grande y común, de una patria continental, sólo habitaba en unos pocos hombres superiores y debería pasar más de una centuria para que comenzara a abrirse camino en el sentir de las masas.

O'Higgins, después de aquellos años de gobierno en que pudo realizar tareas verdaderamente ciclópeas, debió chocar contra esa fatiga de un pueblo que sólo

anhelaba reposo y para el cual el mero alivio que significa un cambio de postura podía atraer como espejismo. Lo grave, con todo, no era el descontento, sino la falta de base política, de que el Director careció, pues la naturaleza misma de su misión y de su obra se oponían a toda subordinación de partido. Y los dirigentes políticos ansiosos de figuración, de influencias y de mando, no podían, por su parte, sentirse satisfechos con un régimen que todo lo daba a una causa y nada a las ambiciones ni al personalismo.

A la postre de largas vacilaciones, que debieron tener la angustia de las horas de agonía, O'Higgins decidió ir al Consulado y enfrentar personalmente a los rebeldes. El héroe se afianzaba en su pedestal, del que ya ninguna pasión podría desalojarlo en la historia de su patria. Púsose a la cabeza de las tropas y marchó.

Iban a dar las seis de la tarde aquel día de enero y en el Cabildo abierto luchaba don Fernando Errázuriz, con otros parciales, por levantar el ánimo de la mayoría, que comenzaba a declinar junto con el sol. El Director, vestido con el uniforme de gala, en la cabeza el sombrero apuntado, con los colores de Chile en su plumón y terciada al pecho la banda que le servía de insignia, llegó a las puertas del edificio. Una delegación le recibió y precedido por ésta, sin otra compañía que el coronel Pereira, pues las tropas se escalonaron a lo largo de la Plazuela de la Compañía y camino de la Plaza de Armas, hizo su entrada ante la expectación general. Todo el mundo púsose instantáneamente de pie y en medio de un silencio que dejaba oír la pisada firme de sus botas, avanzó hacia el estrado. Allí, en el sitio de honor, mirando con intensa ojeada escrutadora a esa asamblea de enemigos que parecía haber olvidado cuanto hizo por el país y por su gloria, dijo con voz clara que resonó en la vasta sala: "¿Cuál es el motivo de esta reunión y el objeto para que se me ha llamado?"

El silencio le respondió. En la turbulencia de los espíritus la presencia del jefe máximo imponía temor a los más osados. Volvió O'Higgins a preguntar y tornó el silencio a responderle.

Entonces y con acento no muy firme, don Mariano Egaña, cuyo prestigio correspondía en verdad a sus buenos y lea-

les servicios, tomó la palabra: "Todos se miran como hijos del Director Supremo y le estiman y respetan como a padre; si han llamado a V.E. aquí, ha sido para consultar sobre el mayor bien del Estado; y yo, animado de estos mismos deseos, me atrevo a manifestar a V.E. que considero necesario, en las presentes circunstancias, que haga V.E. dimisión del mando".

Respondió Don Bernardo: "Para dejar el mando debería hacerlo ante un cuerpo o una corporación que representase a la nación; y las personas que están aquí reunidas, de ninguna manera tienen esa representación".

A esta clara respuesta de Don Bernardo, se suscitó una serie de interpelaciones con Infante, con Agustín Eyzaguirre, el intendente Guzmán y otros, pero Don Bernardo ya estaba cansado de aquella lucha en que las palabras cubrían con su oro falso las bajas ambiciones y los pro-

pósitos mezquinos de los más. Aquellos que pretendían convencerlo habían prejuzgado ya. En el fondo del alma lastimada del prócer debía haber una inmensa fatiga, y algo como una necesidad de renunciar a todo, de apartarse de aquel fango político, de ir a respirar en la noche honda, que había venido con un aire menos impuro.

Finalmente señaló, que "atendiendo a la situación excepcional en que se encuentra el país, y a que por mi permanencia en el puesto pudiera encenderse una guerra civil, no tengo embarazo para delegar ese mando, que sólo he admitido y ejercido con el designio de promover su bien; lo depositaré, pues, en manos de una junta que será nombrada por el pueblo...". Posteriormente, con dignidad y reposo, desprendióse de la banda tricolor y de su bastón de primer magistrado. Finalmente O'Higgins firmó ante la flamante Junta el nobilísimo documento de su abdicación.

